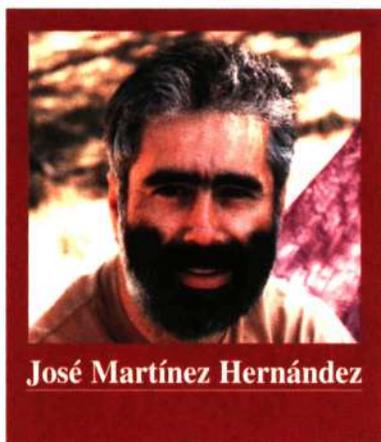


SÓTANOS EN CHIAPAS

De espeleo en México



José Martínez Hernández



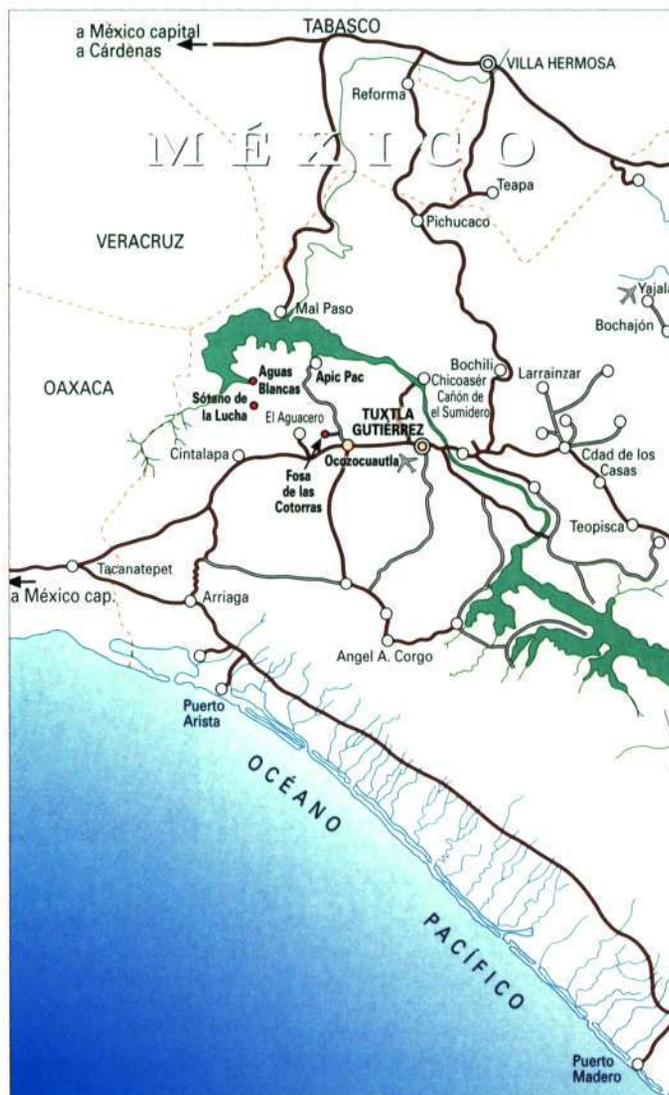
ANALIZADO sosegadamente el viaje, con esa placidez que se siente cuando uno revive los recuerdos lentamente en casa, pienso que todo ha sido casi perfecto, vivido con idéntica pasión a la

experimentada en mi anterior visita espeleológica a México, hace ya 15 años. También salimos airosos en aquella ocasión, a pesar de que el plan fue mucho más ambicioso: después de subir a los volcanes más altos del país buceamos en el Caribe y conseguimos bajar al fondo de dos grandes simas: la de las Golondrinas, cuyo pozo de entrada es uno de los más espectaculares del planeta, con 333 m de caída libre realizados por el centro de una inmensa bóveda en la que revoloteaban cientos de loros y golondrinas, y la no menos hermosa Hoya de las Guaguas, otra gran vertical con casi 150 m de pozo. Una pronunciada rampa nos permitió descender en esta última sima hasta casi 450 m de profundidad. Era nuestra primera toma de contacto con el subsuelo mexicano y pronto surgió un lógico flechazo, llegando a mis manos por aquel entonces un hermoso libro titulado "Los grandes abismos de México". Juan Lazcano, su autor, mostraba con hermosos textos y fotos algunas de las simas más impresionantes de su país. Había grandes "tiros" en todas ellas, pero lo que más nos interesaba en esos momentos no eran sus longitudes, al existir algunos semejantes en nuestro país, sino su espectacularidad. En el fondo de mi corazón quedaron inmediatamente archivados dos de ellos, situados en medio de la selva de Chiapas. A ellos iba a acudir muchos años después.

Aunque el proyecto se puso en marcha muy lentamente, luego fue surgiendo atropelladamente y ya nada pudo pararlo, ni siquiera las desalentadoras noticias que nos llegaban desde el otro extremo del océano. Un ciclón había destrozado las costas de Mérida y sus alrededores y otro segundo huracán se aproximó unos días después. Mauricio, el presidente del grupo espeleológico Jaguar, era nuestro contacto en México y nos tranquilizaba conforme se acercaban las fechas diciéndonos que la Sierra Madre se encargaría de apaciguar los malos humores del huracán, dejando en la zona sólo algo más de lluvia de lo normal en esas fechas. Si eso no era un obstáculo para nosotros, podíamos ponernos en marcha tranquilos. Ya no teníamos excusas. No había vuelta atrás.

¡Qué paliza la de los viajes! A las 12 horas de avión tuvimos que sumar otras 14 de autobús para poder llegar a Tuxtla a primeras horas de la mañana, aprovechando las horas nocturnas para desplazarnos sin perder tiempo. Resacosos por esa extraña noche rodando por las selvas chiapanecas llegamos al amanecer a nuestro destino. Gabriel y Mauricio nos estaban esperando en la estación.

No debió de ser difícil reconocernos entre la muchedumbre porque fueron directos hacia nosotros, que arrastrábamos en esos momentos unas grandes mochilas. Tenían todo preparado para lo que prometía ser una jornada festiva y querían aprovechar su día libre semanal. Aunque la paliza que teníamos encima era considerable no nos opusimos a los planes previstos: bajaríamos ese día con ellos a la Fosa de las Cotorras, también llamada del Copal, y en el viaje tendríamos tiempo de conocernos. La casa de los "papás" de Tomás fue nuestro cuartel general y en pocos minutos sacamos de nuestras mochilas todo lo que íbamos a necesitar para bajar a esa sima.





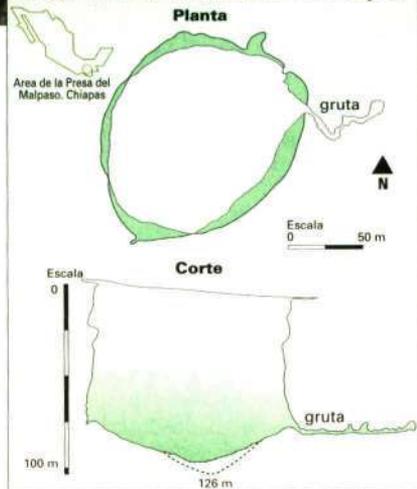
estuvieron habitadas durante un largo periodo de tiempo, el comprendido entre hace unos 10.000 años y la época colonial, pero lo más probable es que sean de hace unos 3.000 años, momento en el cual se empezó a utilizar cerámica parecida a la encontrada en la cueva. Las pinturas rupestres debieron hacerse con fines mágico-religiosos, o como dice Pascual Méndez, la persona que ahora gestiona el lugar, sirvieron como un sencillo calendario astronómico. Se puede seguir la evolución de las estaciones del año desde el fondo del pozo viendo las diferentes sombras que el sol provoca en sus paredes. En esos puntos concretos se dibujaron escenas asociadas a esos momentos tan especiales para ellos. De sus manos brotaron círculos, espirales, astros, guerreros, danzantes, animales... Para poder hacer algunos de estos dibujos tuvieron que escalar por las paredes, al estar la bóveda extraplomada en algunos puntos.

Abajo me esperaba Lorenzo. Juntos dimos el libre al equipo de superficie y les informamos de nuestras intenciones. Iríamos bajando hacia el fondo de la torca para luego no tener que hacer cola en la subida por las cuerdas. Al proseguir nuestro camino por la rampa tuvimos que extremar las precauciones porque todo estaba muy resbaladizo y el bosque que había en el interior del sótano era mucho más tupido de lo que habíamos imaginado, con árboles de hasta 30 m de altura. Teníamos miedo de resbalar y mirábamos con recelo a nuestro alrededor para no encontrarnos con arañas o serpientes venenosas. Sólo Lorenzo consiguió ver a una de estas últimas, un poco antes de iniciar el regreso a la superficie.

Para regresar a la base de las cuerdas tuvimos que atravesar una zona con suelo muy blanquecino, cubierto por las cenizas que expulsó el volcán Chichonal en una de sus erupciones. Un poco antes oímos los gritos de José que había localizado la entrada de la pequeña galería subterránea que hay en el interior de la torca, de unos 100 m de longitud. Por ella fuimos entrando casi todos, arrastrándonos hasta que la progresión se volvió demasiado incómoda. Al volver nos encontramos con una especie de araña gigantesca, un "amblipigio" juguetón cuyo fiero aspecto no se correspondía para nada con la realidad al ser completamente inofensivo.

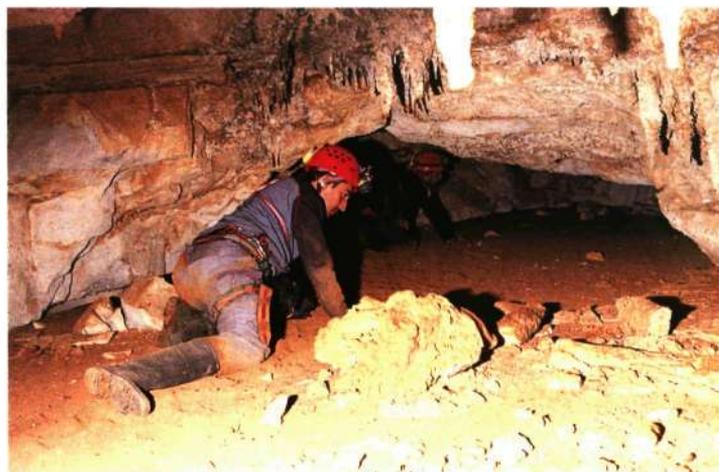
Me fui quedando el último para echar una mano a los más novatos, que habían tenido su bautizo espeleológico en esta gran sima

Fosa de las cotorras (Sima del Copal)



■ Instalando el pozo de entrada de la sima del Copal, también llamada Fosa de las Cotorras

■ En el lateral de una de las paredes de la Fosa de las Cotorras hay una pequeña galería de unos 100 m de longitud. Para poder llegar al fondo de la misma hay que reptar en algunos puntos

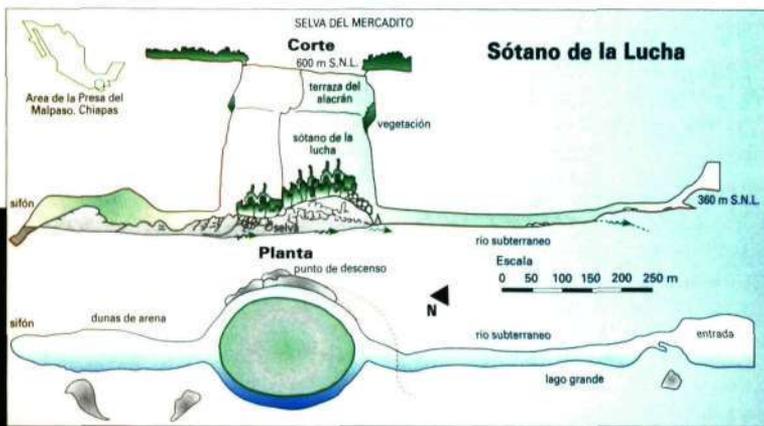


■ LA FOSA DE LAS COTORRAS

El lugar no era tan salvaje y desconocido como lo habíamos imaginado y a partir de Ocozocauhtla (Coita) encontramos carteles que indicaban el camino para llegar hasta la sima. La cueva se había convertido en una de las principales atracciones turísticas de la zona y en su boca nos esperaban unos guardas que habían sido informados de nuestra llegada. El cielo estaba encapotado pero la lluvia que tanto temíamos no había hecho acto de presencia. Sobre una de las paredes de este gran foso, con más de 160 m de diámetro y casi otros tantos de profundidad, montamos dos instalaciones paralelas por las que fuimos bajando sin problemas, gritando de alegría por poder volar en tan fantástico escenario.

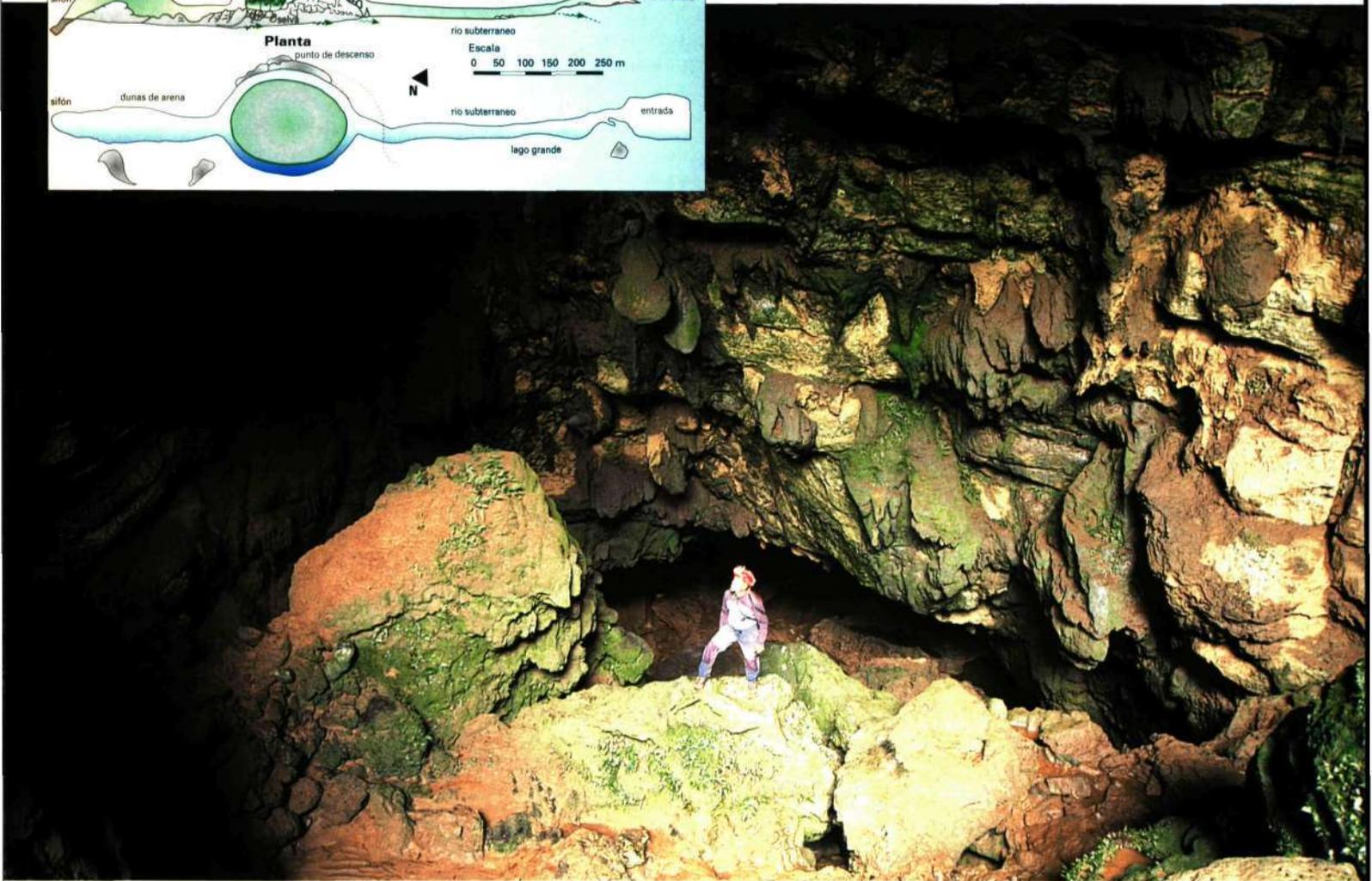
A mitad del pozo me paré para hacer unas fotos y después de dar unas cuantas vueltas pude ver algunas de las pinturas rupestres que existen en las paredes de esta espectacular sima, unas huellas de manos con tintes rojizos. Es difícil datar la época en la que fueron hechas, puesto que las cuevas y abrigos de la zona

y cuando inicié el ascenso ya era casi de noche. Cientos de cotorras regresaban a sus nidos y de repente se formó una gran algarabía a nuestro alrededor. Fueron momentos de confusión. El sol teñía de colores intensos el cielo, el ruido era ensordecedor y dos personas luchaban en esos momentos contra la ingravidez, moviendo ambas manos para espantar a las abejas que les incordiaban mientras subían por las cuerdas, rabiosas en esa hora del día. Me sentía dichoso en aquel apartado lugar del mundo y me daba pena regresar a la superficie. En la repisa existente a media pared me estaban esperando mis amigos y desde allí, tirando de la cuerda, me acercaron a la vira en la que se encontraban para poder subir andando hasta la boca del pozo. Mauricio tendría que encargarse de desinstalar la cuerda desde la cabecera del pozo, sin luz. Se lo agradecí infinitamente porque estaba muy cansado. Era noche cerrada cuando estábamos todos de vuelta en el coche y una hora intempestiva cuando tomábamos "tacos" y cervezas en uno de los restaurantes de Tuxtla, festejando juntos nuestra victoria.



■ La impresionante boca inferior del Sótano de la Lucha

■ En la zona de entrada del Sótano de la Lucha hay "gours" de dimensiones bastantes respetables



■ SÓTANO DE LA LUCHA

Teníamos un día entero para reponernos y para preparar el asalto al segundo de los objetivos programados. Rehicimos las mochilas y procuramos dejar en el hotel todo lo que no fuera absolutamente imprescindible. Preocupados, comprobamos que lo necesario era demasiado, viendo el peso que tenían las mochilas.

Esa tarde Tomás nos invitó a su oficina y allí nos enseñó un vídeo del cañón del Sumidero, unas imágenes impresionantes rodadas por ellos unos meses antes. Carlos, su jefe, poseía un material sumamente interesante de esa zona y quería darlo a conocer para promocionar la región. Su ayuda fue vital para nosotros porque el día siguiente se brindó a llevarnos hasta Apic Pac, una comunidad bastante aislada a la que sólo se puede llegar rápidamente si se cuenta con un vehículo 4x4. Tuvieron que madrugar bastante para poder estar de nuevo en su oficina a las 9 de la mañana. Mientras ellos se incorporaban a la dura rutina diaria, nuestra lancha avanzaba sin contratiempos hasta la comunidad de la Lucha. Alex nos acompañaba en esta ocasión. Él ya había estado una vez en la cueva y eso nos tranquilizaba. El paisaje era algo monótono pero pronto empezó a ponerse interesante, cuando nos pusimos rumbo hacia una gran montaña rodeada de vegetación y descarnada en algunos puntos. En ellos aparecía caliza, esa roca tan especial para los amantes del subsuelo. La lancha empezó a navegar por zonas con poco fondo y por doquier aparecieron árboles emergiendo del agua. Alex parecía tan perdido como nosotros y no reconocía el terreno por el que avanzábamos. No era de extrañar, porque luego se dio cuenta de que en realidad estábamos ingresando a la zona por un pueblo diferente al de su excursión anterior. Estábamos en la comunidad de Aguas Blancas y no en la

de la Lucha. Todo el pueblo parecía estar esperándonos en el embarcadero. ¡Cómo ha corrido la voz! -pensamos-. No era ese el motivo de su presencia, sino que toda la comunidad trabajaba para llevar hasta La Lucha un largo cable que iban desenrollando desde una gran bobina.

Nuestra primera toma de contacto con la gente fue un poco desalentadora porque todos coincidían en una cosa: el arroyo que salía de la boca inferior del sótano al que íbamos llevaba demasiada agua en esta época del año y por eso el acceso iba a resultar complicado. No podíamos darnos la vuelta sin intentarlo y por eso subimos hacia la cueva siguiendo las indicaciones que nos habían dado. El calor nos fue poniendo a todos en su sitio y bebimos muchísimo mientras subíamos por las empinadas rampas del camino. El suelo estaba muy mojado y resbalábamos continuamente. Preguntamos a algunas personas más y enseguida nos dimos cuenta de que sin ayuda no conseguiríamos llegar hasta el sótano antes de que cayera la noche. Un campesino se ofreció a acompañarnos si le dábamos una pequeña paga y algo de tiempo para poder avisar a su familia. Le esperamos en su parcela y vino con un pariente suyo. A partir de ese momento todo fue mucho más fácil porque atajando campo a través encontramos sendas que iban aproximándonos al cañón que se veía en el horizonte. Nos asustamos bastante al comprobar que el camino acababa en la orilla de un gran río. Con cuidado para no ser arrastrados por la corriente, nos dimos cuenta que el león no era tan fiero como parecía y sin sobresaltos alcanzamos la orilla opuesta. Muy lejos, aguas abajo, se podía ver el gran puente colgante que permitía llegar a La Lucha sin tener que hacer malabarisimos. Las tierras cultivadas quedaron atrás y pronto oímos el rumor salvaje del río que venía desde

el sótano. Aunque no era demasiado grande, no podíamos subir por el centro del cauce y por eso hubo que abrir camino por las orillas utilizando los machetes transportados para la ocasión. El peso, la humedad y el calor agobiante fueron dejándonos sin fuerzas y nuestro paso se ralentizó. El río desapareció de pronto y nos encontramos con un lecho seco, muy resbaladizo, que nos llevaría hasta la boca. Unánimemente decidimos parar un buen rato para descansar y para decirles a nuestros guías que podían darse la vuelta. Así podrían estar esa noche en sus casas. Ya no había pérdida. Nos recogerían en ese mismo lugar dos días después.

Haciendo verdaderos esfuerzos llegamos a la boca inferior del Sótano de la Lucha una hora después. La entrada era gigantesca y antes de que cayera la noche buscamos un lugar en el que montar las tiendas, una tarea que iba a resultar inútil como comprobamos más adelante. Tras bajar la descomunal rampa de entrada, que daba acceso a una gran galería en la que esperábamos encontrar algún lugar plano, llegamos a una zona completamente embarrada regada por continuos aportes de agua. No había elección porque en la boca sólo había sitios aislados en los que a duras penas cabían dos personas. Desperdigados cada uno por un rincón del porche de entrada de la cueva intentamos acomodarnos lo mejor posible para pasar la noche. ¡Menos mal que sobre nuestras cabezas había una gran bóveda extraplomada que impedía que nos mojáramos! La noche cayó rápidamente y asistimos a una gran representación, primero siguiendo la evolución de unos saraguetos o monos aulladores saltando de rama en rama y luego obser-

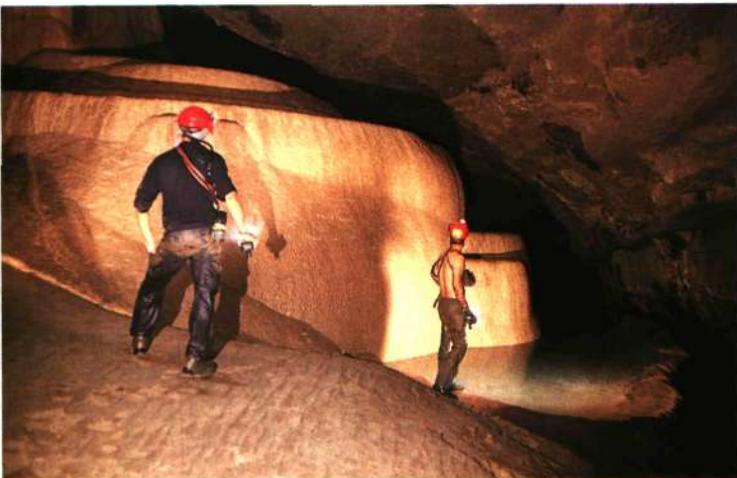
imprudencias. Cada paso fue dado con control e ideamos una nueva técnica para poder continuar, abrazándonos unos a otros con las manos para formar un gran bloque que no pudiera mover la corriente.

Cuando ya estábamos bajo el gran pórtico de salida del Sótano de la Lucha apareció el último y el peor de los obstáculos. El río se volvía a encañonar furioso y no se podía pasar sin cuerdas. No llevábamos más material y no quisimos ser temerarios. Diez metros más allá estaba todo seco. Casi se podían tocar los árboles de este reino fantástico que nos recordaba al recreado por Conan Doyle en su novela "El mundo perdido".

Estábamos casi en la base de una gran torca que tenía 240 metros de diámetro y 240 metros de profundidad. La teníamos a tiro de piedra y a pesar de ello renunciábamos, con pesar, con la certeza sin embargo de que habíamos luchado hasta el límite de la prudencia. Nuestros cuerpos estaban quedándose fríos y aún teníamos que desandar el camino y cruzar dos pasos conflictivos. Lorenzo se lanzó al agua sin dudarle en el primero y José hizo lo propio en el segundo, con una sangre fría envidiable, evitando el agua subiéndose a una pared que le permitió esquivar el tramo más peligroso. Al llegar al otro lado todos respiramos profundamente y tras el paso de los lagos retozamos como enanos deslizando por los toboganes de barro que fuimos encontrando. Nos daba pena salir de allí. Al tumbarnos en el suelo vimos curiosos animales que se movían con agilidad por este extraño y oscuro lugar. Sus largas antenas les servían para hacerse una idea del mundo que les rodeaba.

Había llegado el momento de tomar fotos para intentar plasmar una mínima parte de la magia que nos rodeaba. Sabíamos que era una tarea ingrata, pero teníamos que esforzarnos para obtener bellas imágenes. Así tú, lector, tendrías un motivo para ponerte nuevamente en marcha, en busca de una nueva aventura.

Nuestros guías fueron fieles a su cita y nos llevaron sin pérdidas hasta Aguas Blancas, nuestro punto de partida. En el camino tuvimos tiempo suficiente para repasar en silencio, mentalmente, los últimos días de nuestra existencia, vividos en un remoto rincón de la selva chiapaneca. □



FOTOS DEL AUTOR

vando a las luciérnagas, cuya luz titilaba en la oscuridad. De vez en cuando veíamos la estela dejada por algún avión en el cielo. ¡Qué lejos de la civilización nos sentíamos en esos momentos! Sobre la vira en la que instalamos el comedor intentamos alargar la velada todo lo que pudimos. Estábamos viviendo momentos únicos e irrepetibles, mágicos.

Aunque todos estábamos un poco nerviosos, al día siguiente, nos sentíamos ansiosos por emprender nuestro viaje bajo tierra. Asustaban las dimensiones de la galería que teníamos frente a nosotros y pronto oímos un fuerte rumor de agua, el del aporte que alimentaba a unos gigantes pilones (gours) existentes en la zona de entrada de la cueva. El ruido creció en intensidad y más adelante encontramos un río que inundaba toda la galería. Para llegar hasta él tuvimos que bajar un gran resalte en el que encontramos restos de grandes árboles retorcidos, metidos allí en épocas de crecida. Al llegar a una zona embalsada nos metimos con ciertos recelos en el agua, pegados a la pared de la derecha para no perder en ningún momento el contacto con la roca. Pronto dejamos de hacer pie y oímos el ruido de cascadas. ¡Que miedo!. El agua empujaba furiosa y hubo momentos de tensión mientras José dio sabiamente el primer paso complicado de la cueva, atado a un cordino que pudo trasladar hasta la pared de enfrente. Ese hilo salvador, instalado como pasamanos, nos permitió avanzar unos pocos metros más, hasta llegar a otra zona conflictiva en la que tuvimos que dejar montada una cuerda fija para garantizarnos la retirada. Sabíamos que en épocas de sequía se podía avanzar por esta galería cómodamente, pero ahora todos estábamos francamente asustados, con la adrenalina a flor de piel, lo suficientemente lejos de cualquier parte como para no cometer

GUIA PRÁCTICA

Situación

México, Chiapas, Tuxtla Gutiérrez.

Accesos

Para acceder a La Fosa de las Cotorras o Sima del Copal, desde Tuxtla hay que ir hasta Ocozocouautla (Coita) y desde ahí seguir las indicaciones de los carteles. Aunque la última parte se hace por una pista de tierra, no hace falta llevar vehículo 4x4. En la zona donde se encuentra la sima hay en proyecto la instalación de un Parque Cultural y de Aventura (Tza'manguimó, lugar donde empieza el monte en lengua zoque) y por eso es necesario pedir un permiso especial para visitar la sima. La gran torca, con 148 m de diámetro, se puede bajar por varios puntos, siendo el tiro más largo de 93 m. Hay que llevar chapas y tuercas para las cabeceras porque únicamente están puestos los parabolts en la roca.

No es tan fácil el acceso hasta el otro sótano tratado en el artículo, el Sótano de la Lucha, ya que para ello hay que ir desde Tuxtla hasta Apic Pac, un pequeño poblado situado cerca de la presa de Malpasos. Para llegar allí hay que hacer varios km por pista con mal firme. Tomaremos luego una lancha que nos lleve hasta Aguas Blancas o al poblado de La Lucha (255 euros ida y vuelta) para proseguir luego a pie hasta la boca de la cueva (unas 5 horas). Esta interesante cavidad, situada en el interior de la selva del Mercadito, posee dos imponentes bocas. La superior es una espectacular sima de 240 m de profundidad y 240 m de diámetro y la inferior un gran porche de entrada por el que se entra a una cueva de dimensiones respetables. Tras pasar una zona con grandes gours se desciende a un curso activo que nos llevará hasta la base del pozo anterior después de haber recorrido una galería de unos 700 m de longitud. En el otro extremo de la sala hay otra galería de dimensiones aun mayores, que finaliza en un sifón. La mejor época para visitar esta cueva es a partir de Enero, cuando el agua está en sus niveles más bajos.

Participantes

- A.E. GET Madrid: Lorenzo Garcia, José Fco Gallardo, Carlos Sánchez y José Martínez.
- G.E. Jaguar: Mauricio, Alex, Gabriel, Juan, Tomás, Camilo,...sin su ayuda todo hubiera sido bien diferente. Gracias amigos.

Fechas

- 28 de septiembre a 6 de octubre de 2002.